

Séptima idea

El peronismo no es de izquierda ni de derecha, sino todo lo contrario

Si hay una cuestión que ha desvelado a peronistas, no peronistas y antiperonistas, es el problema de la caracterización ideológica del movimiento creado por Juan Domingo Perón en el sistema métrico europeo. ¿El peronismo es de izquierda? ¿Es de derecha? ¿Es de centro? ¿Son categorías que no explican absolutamente nada de la realidad argentina y latinoamericana? ¿Tiene algún sentido esta discusión en pleno siglo XXI cuando las izquierdas parecen haber perdido la batalla contra el capitalismo tardío¹ y el hiperindividua-

1. Para el debate sobre las definiciones posibles que puedan aplicarse al capitalismo en el siglo XXI podemos encontrar las diferentes acepciones, como la de capitalismo postfordista (*Postfordismo y formas sociales: un debate marxista sobre el Estado postfordista, del marxista autónomo John Holloway, 1991*), capitalismo tardío (Habermas, Jürgen, *Problemas de legitimación en el capitalismo tardío*, Buenos Aires, Amorrortu, 1975), tecnocapitalismo o tecnofeudalismo (Durán, Cédric, *Tecnofeudalismo. Crítica de la economía digital*, Benos Aires, La cebra - Kaxilda, 2021.)

lismo? y la resignación apocalíptica del «realismo capitalista» profetizado por intelectuales como Mark Fisher,³ por ejemplo? ¿Otrora virtuosismo ser de izquierda en la tercera década del siglo XXI?

Ciertamente, ser de derecha no parecía ser motivo de orgullo para ningún dirigente, militante, intelectual o periodista. Al menos eso podía decirse en la Argentina hasta la experiencia protagonizada por Javier Milei. Hasta hace muy poco tiempo, prácticamente nadie se animaba a declararse abiertamente de derecha; siempre se utilizaban eufemismos como «ser apolítico», «independiente», «de centro» o «no tener ideología». Ante ese panorama, uno debía preguntarse: ¿por qué daba vergüenza reconocerse como partidario de la derecha? ¿Por qué razón —más allá del anticomunismo manifiesto de su creador en los primeros años y del comportamiento, al menos equívoco de las izquierdas tradicionales— el peronismo o muchos peronistas sienten fobia a ser considerados de derecha o de izquierda? Una vez más, las categorías

2. Para desenmarañar el concepto de *hiperindividualismo* resulta interesante recuperar la noción trabajada por el filósofo francés Gilles Lipovetsky respecto de lo que él denomina la *hipermodernidad* (Lipovetsky, Gilles; Serroy, Jean, *La esterización del mundo: vivir en la era del capitalismo artístico*, Barcelona, Anagrama, 2015), y también consultar los trabajos de Eric Sadin sobre las transformaciones sociogénéticas provocadas por la tecnología (Sadin, Eric, *La era del individuo tirano. El fin de un mundo común*, Buenos Aires, Caja Negra, 2021).

3. Fisher, Mark, *Realismo capitalista: ¿No hay alternativa?*, Buenos Aires, Caja Negra, 2016.

europeas están allí para confundirlo todo: al peronismo se lo ha corrido por izquierda, por derecha, por el centro, desde arriba y desde abajo, se lo ha tachado de comunista, de subversivo y de fascista sin descanso y sin rubor. ¿Tiene solución la cuestión, al menos en términos teóricos?

Si uno tuviera que definir qué significa ser de izquierda o de derecha podría utilizar muchísimas variables de análisis: las ideas, las prácticas, la cultura, la estética, los posicionamientos históricos, los resultados en el ejercicio del gobierno, por ejemplo. En función de esas variables, podría pensarse que un grupo es de izquierda si su acción y pensamiento están centrados, tienen como objetivo o traccionan hacia la defensa de la igualdad social, el igualitarismo y la solidaridad. Por el contrario, una agrupación es de derecha si su preocupación está fijada en la libertad individual y fundamentalmente en la creencia de que es necesaria cierta jerarquía —natural, cultural o meritocrática— entre individuos y grupos sociales.

Como ya se sabe, los significantes «izquierda y derecha» fueron utilizados por primera vez el 28 de agosto de 1789, un mes y medio después de la Revolución Francesa, en la Asamblea Nacional Constituyente en la que se discutía, entre otras cosas, el artículo de la nueva carta magna en la que se otorgaba al rey la posibilidad de vetar cualquier ley que no fuera de su agrado. Los diputados que estaban a favor del mantenimiento de las prerrogativas absolutistas de Luis XVI se sentaron a la derecha del presidente de la Asamblea y quienes defendían la soberanía popular por encima del rey, a la izquierda. Ese posicionamiento marcó la geografía de la Asamblea Legislativa de la Primera República Francesa en la que los girondinos, republicanos defensores de los intereses de

La alta burguesía —más conservadora— se sentaron a la derecha y los jacobinos, republicanos radicalizados y representantes de los sectores populares, a la izquierda.

Por supuesto, que ese posicionamiento es solo una metáfora que representa el devenir histórico de una experiencia europea y que no es aplicable a otros fenómenos o entidades políticas en otras latitudes, pero sí es posible definir entonces, en términos modélicos, que «izquierda» y «derecha» podrían convertirse en una dialéctica en la que los avances sociales, tendientes a la igualdad estarían vinculados al primer término y la conservación de lo estatuido, de los privilegios de las minorías, al segundo.

Pero la cuestión posicional fue llenándose de contenido a lo largo del siglo XIX y XX hasta convertirse en un cuerpo ideológico definido, en un sistema de ideas, de formas, de tradiciones determinadas, de entrelazamientos de conceptos, lecturas, autores, hacedores políticos. De esa manera, el «republicanismo irreprochable» de Maximilien Robespierre, líder de los jacobinos durante la Revolución Francesa, devino en otras afluencias como el liberalismo social, la socialdemocracia, el progresismo, el laborismo, el socialismo utópico, el científico, el marxismo clásico y sus variantes, el anarquismo, el comunitarismo, los populismos (de izquierda) y el socialismo, por ejemplo.

Lejos de intentar agotar el debate sobre las izquierdas, de lo que se trata simplemente es de repasar brevemente las distintas tradiciones «izquierdistas» para aplicarlas a la cuestión que nos preocupa en este capítulo. Y, por ejemplo, clasificar esas identidades hoy de la siguiente manera: a) las izquierdas reformistas y democráticas —entre las que se destaca la social-

democracia europea—, que respeta las reglas de juego del sistema político, el parlamentarismo y promueve cambios en el capitalismo sin cuestionar la propiedad privada; b) la izquierda revolucionaria, que en sus diversas opciones propone la toma del poder por los sectores populares, la extinción de las clases sociales y niega la propiedad privada de los medios de producción —entre las que figuran el marxismo, el leninismo, el maoísmo, el guevarismo, el trotskismo y el anarquismo—; c) las nuevas agendas progresistas como el sindicalismo, el ecologismo, el antiespecismo, el veganismo, el pacifismo, los diferentes feminismos, los movimientos LGBT, los grupos antiglobalización y los movimientos liberacionistas, ligados al pensamiento decolonial, algunos de ellos relacionados a experiencias culturales cristianas.

La misma pluralidad de experiencias puede encontrarse en lo que se denomina como la derecha. Como fundamento encontramos el principio básico del mantenimiento de un orden social basado en la jerarquía. Esa distinción descendente puede estar vinculada a causas como la biología, la naturaleza humana, el derecho natural, la economía, la tradición o simplemente los designios de alguna deidad particular. En versiones más modernizadas esa diferenciación puede establecerse como consecuencia de las aptitudes individuales o por la simple competencia en economías de mercado.

Resulta complejo articular un ideario cerrado y doctrinario de lo que engloba esta corriente, pero bien puede ser útil presentar algunas dicotomías básicas que permitan comprender las distintas opciones en las que se define una «escencia» de derecha: el acento en el individualismo frente al colectivismo, la relación de confesionalidad del Estado frente al laicismo,

la defensa de la propiedad privada frente a la injerencia del Estado en la economía. la apelación a la igualdad de oportunidades frente a igualdad de posibilidades, el tradicionalismo cultural frente a cualquier reformismo, el conservadurismo moral frente al progresismo y al liberalismo de las costumbres.

El recorrido por las experiencias de derecha tampoco es homogéneo y su categorización implica un cierto grado de dificultad ya que dentro de ese concepto macro pueden encontrarse el nazismo, el fascismo, los nacionalismos xenóforos antiinmigración, el neoliberalismo, el autonomismo económico y financiero, la democracia cristiana, movimientos anticapitalistas como el tradicionalismo y los neofascismos antiglobalizadores. Las principales corrientes de la derecha hoy se pueden clasificar de la siguiente manera: a) el conservadurismo, que apela al tradicionalismo de las formas culturales, políticas y económicas de una nación establecida y a la intocabilidad de un orden jerárquico férreamente establecido y defendido con todas las fuerzas del Estado, los residuos del monarquismo europeo, los partidos conservadores en América Latina, por ejemplo; b) el liberalismo económico o neoliberalismo, ferviente defensor del individualismo económico, la propiedad privada y las políticas de mínimo intervencionismo estatal; c) el populismo de derecha, que conjugaba una serie de discursos populares, antiestatistas, antipolíticos y cualunquistas con políticas públicas neoliberales o tendientes a la concentración de la riqueza; d) los nacionalismos en países centrales, que si bien ya no tienen la potencia que alcanzaron en la primera mitad del siglo XX, con experiencias como el nazismo y el fascismo, conservan una retórica xenófoba y chauvinista; e) la Democracia Cristiana, proveniente

del humanismo europeo, que busca aplicar los principios del catolicismo a las políticas públicas. Su característica principal acaso sea la combinación de su conservadurismo moral y su progresismo en materia social y laboral.

Por supuesto, estas tradiciones occidentales llegaron a América con la siempre presente traducción criolla de los principales lineamientos. Si habría que agregarles a las derechas argentinas algunas cualidades esenciales tomadas del andamiaje ideológico europeo, sin duda dos elementos del positivismo que son fundamentales para comprenderlas: a) la teoría de «orden y progreso» y su traducción en estas cosas como «subordinación y segregacionismo»; y b) un supremacismo étnico-cultural, reelaborado del darwinismo social de Herbert Spencer, quien adaptó (mal) las ideas de Charles Darwin a la sociología y decretó que las leyes naturales estaban por encima de las convenciones sociales y que se debía respetar la lógica de la supervivencia del más apto y fomentarla desde las políticas públicas.

Pero sería imposible pensar al peronismo desde el divaje izquierda-derecha si no se introduce un concepto político que permite agrupar experiencias en diagonal, mixtas, complejas, agregadas. Durante todo el siglo XX, y sobre todo en los países llamados en aquella época periféricos, emergieron distintos fenómenos que podrían catalogarse como un cruce de tradiciones tanto de izquierda como de derecha. Hablamos del «nacionalismo de izquierda» o en la Argentina de «nacionalismo popular». Este último término es adoptado por el peronismo como referencia más amplia del propio movimiento nacional, que incluiría a los sectores aristocráticos o conservadores, y repliega al concepto de nacionalismo tradicionalista